

CUENTO

# Profecía autocomplida

*Hugo Ernesto Hernández Carrasco*



PROFECÍA  
AUTOCUMPLIDA

HONORABLE AYUNTAMIENTO  
DEL MUNICIPIO DE PUEBLA

C. JOSÉ CHEDRAUI BUDIB  
Presidente Municipal Constitucional del  
Honorable Ayuntamiento del Municipio de Puebla

C. ANEL NOCHEBUENA ESCOBAR  
Titular de la Dirección General del Instituto  
Municipal de Arte y Cultura de Puebla

C. FERNANDO RÍOS ROCHA  
Titular de la Dirección de Desarrollo Artístico,  
Cultural y Patrimonial

C. GEORGINA DEL CARMEN  
MEZA GORDILLO  
Titular de la Jefatura del Departamento de  
Fomento a la Lectura y Editorial

# PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

HUGO ERNESTO HERNÁNDEZ  
CARRASCO

Cuidado editorial: Katalina Ramírez Aguilar

Corrección ortotipográfica: Lourdes Mazorra y Ruth Miraceti Rojas

Diseño de interiores: Christophe Prehu Maurer

Diseño de forros: Teresa Mantilla Peláez

Ilustración de portada: Josué Almanza

Ilustraciones de interiores: Carlos Lagui

© D. R. 2025 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Priv. B Poniente de la 16 de Septiembre 4511

CP 72534, Puebla, México

ISBN: 978-607-8977-33-8

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en México

Cuando se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte. Sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal.

ROBERTO ARLT

Prólogo a *Los lanzallamas*. Palabras del autor (1931)



## ÍNDICE

AMARILLO VANIDAD .....	9
Roído .....	13
EL MOTEL DEL FALSO POETA MALDITO .....	33
METACUENTO .....	49
MICROTEXTOS .....	65
HUEHUECÓYOTL .....	67



## AMARILLO VANIDAD

**D**E SABER QUE ESTABA SIENDO COMPRADA como cualquier otro vestido, me habría descocido uno que otro borde, uno que otro botón y también abierto alguna parte de la cintura. Pero no. Yo quería lucir limpia, brillante e inalcanzable para las miradas que, todas las mañanas desde las diez, se paraban a observarme. Soy el amarillo, glorioso color del sol, llevo la claridad en mí.

Recuerdo bien a aquella mujer con cara de niña; no paró de mirarme por más de media hora. Me quería. Lo sé por la forma en que buscaba algo en su bolso, por cómo hablaba a través del celular con alguien a quien llamaba «mamá», por cómo me

probaba una y otra vez frente al espejo. Cuando no era su peso, era el dinero y, cuando no, esa señora arrogante llamada mamá la desalentaba diciéndole que el amarillo era un color chillante. «¿Chillante yo? Chillante la vieja esa y su cabello pintado de rubio».

Un día, debo confesar, me sorprendió la postura decidida de aquella mujer con cara de niña al entrar a la tienda. Primero, como si tuviera que cumplir alguna especie de protocolo, fijó sus ojos y las manos en otros vestidos de tonos simples, comunes: azules, rojos, rosas. Despues, vino hacia mí y le pidió a la vendedora probarme. «¿Tan fácil me iba a retirar del aparador?» Antes descosida que condenada a un clóset. Me opuse y, por lo tanto, la batalla tuvo lugar en el probador.

Si ella había perdido algunos kilos, y si el busto y su cadera eran adecuados, la ilusa no imaginaba lo decidida que estaba yo a encogerme; desde el primer contacto con los brazos y sus codos, no me dejé. Cuando la mujer con cara de niña pudo pasar su cabeza por mi pecho, le hice sentir el rigor de lo reducido en sus costillas. Sorprendida por su insuficiencia, se vio en el espejo mientras examinaba su postura una y otra vez; no dejaba de tocarse los

costados ni de palpar su abdomen. Reconozco que era una figura casi perfecta, pero no tanto como para merecerme.

Pero ahora que lo pienso, esa mujer con cara de mocosita hubiera sido, por mucho, un mejor destino que el actual. Creo que tengo algo de culpa por esta incertidumbre. Sucede que han pasado casi dos meses desde mi victoriosa y épica batalla en el probador, pero hoy llegó un joven de cabellos largos, mezclillas percutidas, sin bañarse —lo deduje por su olor—, uñas y zapatos sucios. ¡Dios mío!, si tan solo hubieran podido verlo. Me miró ordinariamente como lo hacen los demás con los otros vestidos, me tomó como cualquier gancho de ropa, me compró como cualquier otra prenda. Antes de que me envolvieran, alcancé a leer en su gafete: Utillería de teatro.

No sé qué es lo que me espera.



## ROÍDO

JUANITO NUNCA PIERDE. Eso pensaba él, hasta que un día pasó lo que pasó. Era un tipo peculiar, lo podías identificar por su vestimenta: camisa a rayas y pantalón de pinzas, planchados con tal meticulosidad que su ropa parecía flotar. El cinturón y los lustrados zapatos de piel, sin ningún rastro de suciedad o maltrato. ¿Cómo hacía el buen hombre para verse tan pulcro?, tomando en cuenta que vivía en el cuarto piso de un edificio en San Manuel y, por tanto, debía subir y bajar escaleras todos los días, con el peligro de tropezar, caer en medio de los parques y jardines descuidados, de esas banquetas resquebrajadas en cuyas grietas emerge la hierba.

Además, tenía que abordar una combi de recorrido presuroso y caótico para llegar al trabajo. Juanito parecía inmune a cualquier desgracia.

Juanito trabajaba como secretario de un endodoncista, el doctor Javier Lara, reconocido personaje de la ciudad por ser pionero en el tratamiento de los molares con técnicas de la Boston University. Juanito acumulaba treinta años de trabajo codo a codo con el doctor Lara. Los pacientes que llegaban al consultorio o que hablaban por teléfono se desvivían en elogios hacia él: «Juanito, ándale, dile al doctor que me atienda este fin de semana»; «Juanito, qué sería del consultorio sin ti»; «Juanito, gracias por agendarme temprano»; «Juanito, te traje estos chocolates en agradecimiento», y es que Juanito se sentía más indispensable que el doctor, cobijado además por un benigno ego que desbordaba su pequeño molde cuando los pacientes le preguntaban cómo le hacía para verse tan bien, tan saludable, sin ningún rastro de vejez o de preocupación. Era entonces cuando esa vocecita dulce y pusilánime sacaba a relucir sus recetas de superación: «el dolor está en nuestra mente»; «hay dos tipos de problemas en la vida, los que tienen solución y los que no tienen solución»; «las

enfermedades están acá», decía señalando su cabeza. Y la gente, que pedía a gritos consejos que nunca iba a implementar —incluso contradictorios—, se dejaba llevar por sus palabras, que parecían la anestesia antes de la anestesia, porque hasta para eso tenía suerte. Las mamás amaban a Juanito cuando sedaba a sus hijos con una que otra frasesita tranquilizante, y los papás, sin ver amenaza alguna en ese señor al que las canas y las arrugas le daban un aire de abuelito bonachón, terminaban por caer bajo su embrujo. Sentado detrás de esa recepción sobria, parecía un ser inofensivo. De hecho, las personas cuentan que Juanito alguna vez paró en seco a un par de asaltantes con pura amabilidad y reflexiones. Ellos, en conmoción hasta las lágrimas, le prometieron solo robar las autopartes de alrededor, pero nunca meterse al consultorio. Rumoran que Juanito hasta los despidió con un fuerte apretón de manos.

\*\*\*

En el mes de julio el clima de Puebla se complica, porque la lluvia aparece repentina, desplazando al sofocante calor por un frío húmedo. El reto para

todo transeúnte es predecir si es mejor portar ropa impermeable o vestir algo ligero. Durante aquellas mañanas, Juanito, que nunca pierde, decidió vestir de ambas maneras, además de llevar un paraguas de bolsillo y una mochila para, en caso de no llover, guardarla todo y aligerar su paso. Si vieran al gentil hombre: bajando de la combi, delicado, como un aristócrata o como un PhD recién egresado que piensa que nadie lo merece, saludando a todos con esa sonrisa de catálogo. El tipo era insopportable porque, encima, era buena gente, y quienes lo rodeaban quedaban encantados por su presencia. La neurosis, en realidad, se la guardaba solo para él.

Una de esas mañanas de julio, el doctor Lara le presentó a su sobrina. «Llámennme Chío», dijo la muy orgullosa, graduada con honores, que dominaba paquetería Office, programación y tres idiomas, además de contar con cinco cursos de actualización en procesos de calidad, control estadístico y otros tantos menjurjes acreditables, de forma que su currículum se extendía siete páginas más que el de cualquier egresado promedio. Su porte, alegría innecesaria y desbordante confianza intimidaron a Juanito, quien, lejos de recibirla con la dulzura habitual que

lo caracterizaba con los nuevos visitantes, la saludó con un cortés: «Buenos días, señorita».

El doctor Lara le había comentado a Juanito sus planes de aumentar el horario de atención durante el resto del año. Así que le dijo, en palabras más palabras menos, que él seguiría en la recepción en su horario habitual, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, y que su sobrina continuaría hasta las ocho de la noche; que no se preocupara, que ella estaría temporalmente allí, mientras le daban la beca para irse a Berlín a estudiar una maestría; que de favor le enseñara los consejos básicos y el sistema de apartado de citas. Juanito, que nunca pierde, lo tomó como un golpe bajo, una pequeña traición, pues él esperaba atender de ocho a ocho, incluso había aprendido a usar la aplicación de taxis para irse tarde, presumiendo su nueva habilidad a los clientes que le sacaron plática durante las semanas previas. Ahora todo había sido en vano, y esa era, en décadas, la primera derrota de Juanito.

Durante la semana, Rocío pasó desapercibida para Juanito; no hubo tensiones salvo por la silla de la recepción que, día con día, Juanito encontraba fuera de lugar. Sin embargo, eso era una bagatela;

no había forma de exhibirla con su tío, pues bastaba reacomodar unos cuantos centímetros la silla y todo volvía a su lugar. A Rocío, don Juan —como ella lo llamaba— le parecía amable y dulce, pero arcaico, como todo el sistema de citas del consultorio. Así que el fin de semana aprovechó para presentar una propuesta de actualización a su tío justo durante la comida familiar, porque, claro, el genio emprendedor de Rocío venía acompañado de cierta impertinencia, aun en días de descanso. Aquella tarde dominical, lo propuesto por su sobrina excedió las expectativas del doctor Lara: los pacientes harían citas en línea desde la computadora o su celular. Además, con el diseño de la aplicación, no sería necesario guardar los expedientes físicos: podrían almacenar y consultar toda la información desde la nube e, incluso, atender emergencias por videoconferencia con cobro digital. La propuesta de Rocío era tan innovadora, tan eficaz, que su tío realmente no pudo dormir esa noche pensando que, en efecto, con el nuevo sistema podría flexibilizar su horario de trabajo para asistir a las funciones de lucha libre los lunes por la noche, a los juegos de beisbol por las tardes o a otras tantas maravillas citadinas. La decisión no le pareció precipitada en absoluto y, por

supuesto, aquella flexibilización incluía la posibilidad de prescindir de cualquier secretario o asistente. Esa era la segunda derrota de Juanito en menos de una semana, y él, ni enterado.

El lunes, Juanito recorrió su camino habitual sin sobresaltos, aunque un poco desganado por la idea de Rocío y su súbita aparición. Su rutina de pronto se turbó, pues al momento de abordar la combi se dio cuenta que no llevaba el cambio exacto. Le faltaban cincuenta centavos y el chofer, con la prisa, no haría una excepción. Juanito tuvo que soltar un billete de doscientos pesos con una mirada que exigía la condonación de los cincuenta centavos, y el chofer, que tenía cambio de sobra, le devolvió puras monedas de diez pesos. Juanito, que nunca pierde, tuvo que guardarlas como pudo en medio del ajetreo, por lo que algunas monedas, que erráticamente había intentado meter a su bolso lateral y a la bolsa de la camisa, cayeron. Entre la combi llena y la indiferencia de los pasajeros, se le dificultó recogerlas. Aquella mañana, Juanito estaba cerca de su tercera derrota al hilo, pero una enfermera, que pidió pronto la parada, le cedió su lugar y terminó por devolverle la última moneda. «Juanito nunca pierde», pensó para sí mismo.

Juanito bajó radiante y se enfiló por la calle del Santander. Tan solo cuatro cuadras lo separaban del consultorio. Se sabía de memoria el acomodo urbano que lo circundaba: el vendedor de tacos de canasta en la primera esquina, la señalética a medio caer de las calles contiguas, los colores del Metrobús sobre el boulevard, incluso los autos a las afueras del puñado de casas habitacionales que habían sobrevivido a la gentrificación y puesta de negocios. Pero el primer cambio notorio en su rutina fue el auto del doctor estacionado fuera de su lugar habitual, delante de una camioneta que nunca había visto. Conforme se acercaba, comprendía que tal reacomodo se debía a Rocío, cuyas risas se escuchaban a media cuadra. Juanito, que nunca pierde, perdió su temple cuando, al atravesar el ancho camellón, se dobló el tobillo con la raíz del árbol que, por tradición, siempre tocaba antes de cruzar la calle. Aun así, con las derrotas intactas, Juanito era orgulloso y, lejos de gritar o dolerse, se repuso con rapidez, dejando que el dolor se afianzara en su tobillo.

Juanito hizo un par de pruebas, sintió que la torcedura no había sido para tanto, y siguió hasta llegar al consultorio, saludando con los modos amables de

siempre al conserje, al doctor y a Rocío. Estos dos últimos, para su sorpresa, estaban en la sala de espera, riendo y comentando palabras que le sonaban ajenas. Por primera vez, desde que empezó a trabajar con el doctor, se sintió extraño en aquel lugar, por lo que Juanito empezó a exagerar su dolencia. Comenzó por recargarse en la primera silla de espera que encontró, retorciendo su rostro, llevando una de sus manos a la pantorrilla, sin alcanzar el tobillo. Juanito, que nunca pierde, había logrado su cometido: llamar la atención de los presentes. El conserje, que tenía casi la misma edad que Juanito, le dijo a modo de consuelo que eran achaques de la edad. Aquella frase fue como un látigo sobre la espalda de Juanito, quien le refutó: «¿Cuál edad?, ¿cuál edad? Me venía siguiendo un auto polarizado y decidí correr, pero me doblé el tobillo al cruzar el camellón». El doctor Lara, consternado, salió enseguida a ver si todavía rondaba el auto. «¿Cómo era?, ¿de qué marca?». Rocío, que tenía acreditado también un curso básico de primeros auxilios, reaccionó llevándole una compresa y tanteando con decidida abnegación el tobillo. Juanito, que nunca pierde, pensó que tenía el mundo a sus pies, pero nunca imaginó que tal

acto dramático sería la inauguración formal de su debacle. El doctor Lara pidió enseguida a Rocío que devolviera a Juanito a su casa, que lo llevara con el doctor Ramírez Landero, que pasaran a la farmacia por analgésicos y que, incluso, fuera a comprarle comida, a lo que Rocío —hasta ese momento nadie se acostumbraba a decirle Chío— dijo con sobrado entusiasmo que cubriría el turno de don Juan con todo el gusto. Enseguida, sobre el rostro de Juanito, se tejió el gesto del tiro por la culata.

El conserje, el doctor Lara y Rocío empezaron a cargar a Juanito con todo y su mochila. Juanito se resistió a la ayuda, argumentando que no había sido para tanto, que podía atender su turno con normalidad y que incluso en la tarde, en lugar de volver en combi, podría pedir un taxi. Cuando el argumento no bastó y vio que lo movían hacia la camioneta de Rocío contra su voluntad, comenzó a decir con una voz inusualmente alta que podría pedir su taxi por la aplicación y valerse de sí mismo para volver a casa. Al ver tal actitud, el doctor Lara le reprochó: «¿Y cómo va a subir sus escaleras?, mínimo que Rocío lo lleve y le ayude a subirlas. Además, aquí hay un bastón para que se apoye». Juanito, que nunca pierde, nunca se

había sentido tan derrotado. El doctor Lara terminó por ordenarle, imperativo y sutil, que se subiera, que no se preocupara y que se tomara la jornada, que mañana pasaría por él al departamento para ir a desayunar al Sanborns cercano al consultorio, y que todo estaría bien. Durante el resto del día, Juanito, que empezaba a sospechar el motivo de la plática, pensó en todas las respuestas posibles, porque si bien tenía derecho a jubilarse, no quería irse tan rápido. De alguna manera se sentía atado a aquel sitio, y una «chavita salida de la nada» no lo iba a reemplazar: él era el alma del consultorio, y no iba a perder.

\*\*\*

Producto de sus fantasmas acumulados, Juanito, que nunca pierde, se propuso reencaminarse hacia los pequeños triunfos cotidianos que, según él, le traían suerte y mantenían sus circunstancias en óptimas condiciones. Aunque, ante todos, él era el hombre de los problemas simples, de la resignación anticipada y de la vida ligera, siempre tenía una preocupación extrema por controlar su estabilidad y si algo se la daba profundamente era ese consultorio, donde

los pacientes envejecían más rápido que él, donde el tiempo parecía moverse en círculos, girando los años en torno a su libreta de citas, a sus consejos y a la admiración que le proferían los demás.

Juanito decidió dormir más temprano. Esa noche no vería *Los simuladores*, merendaría sus tostadas con queso panela y té de anís antes de lo habitual, y cambiaría su atuendo por la pijama que había planchado con dedicación un día antes. Juanito, que nunca pierde, estaba por conciliar el sueño cuando escuchó que afuera de su departamento unos mariachis llegaban a cantarle al vecino de abajo, quien, sonriente, no paraba de gritar con emoción el nombre de su pareja: Rocío —otra Rocío—, y entonces Juanito se siguió sintiendo derrotado al notar que ese nombre se había vuelto omnipresente. «Rocío, eres la mejor, bebé. Mi Chío, ¡qué detallazo! (...) nunca imaginé que...». La serenata se extendió tres horas, durante las cuales los vecinos aledaños acompañaron a la alegre pareja, haciéndole coro en cada verso amoroso, e incluso uno de ellos pagó una hora adicional de mariachi, mientras otra vecina acomodada acudió por cervezas para que todos los presentes brindaran por los novios. Durante aquella velada, se vivió una solidaridad nunca vista

en el edificio. Sobra decir que Juanito, que solía conciliar el sueño a las diez de la noche, intentó hacerlo desde las nueve, pero la alegre serenata se lo impidió hasta las doce.

«¿Será una premonición?», se preguntó al despertar, con desvelo y una sensación de derrota anticipada. «No, no, no, seguro es una prueba, una prueba que me está poniendo la vida. Al carajo, yo nunca pierdo. Pinche vida, manos te van a faltar para...», se dijo Juanito, con una enjundia impropia, aunque en realidad era parte de ese carácter anidado en lo más profundo de sus pensamientos, camuflados por otras frases que se decía a sí mismo, pero que en realidad encerraban la misma intención sin ser así de agresivas: «A darle buena cara a la vida. A echarle ganas».

\*\*\*

Por mensajes, Juanito había acordado con el doctor Lara que este pasaría por él a las ocho de la mañana, así que siguió su rutina incólume, mostrando una positividad que cualquier optimista envidiaría. «Nada como un buen baño para renovarse. Un regaderazo de agua caliente basta», pero, después de

unos minutos, Juanito vio que de la regadera no salía gota alguna. Revisó las demás llaves y percibió que también pasaba lo mismo. «Seguramente es la bomba», bajó a revisar a la planta baja del edificio, corroborando enseguida su sospecha, pues la bomba estaba quemada, inservible y, encima, en los alrededores olía a orines: «Seguramente los pinches mariachis». Juanito pensó: «Pues, aunque sea a cubetadas y con agua de garrafón». Y Juanito, que nunca pierde, así lo hizo.

Saliendo de su ducha, una vez seco, se encaminó a planchar su camisa favorita, una de cuadros pequeños. Según él, le servía para momentos especiales. Juanito se dio cuenta de que la plancha no calentaba. La apagó y la volvió a encender una y otra vez hasta confirmar que había pasado a mejor vida. Juanito entró en un dilema: cambiar de camisa o comprar una plancha en el supermercado de enfrente, pero, como él no pierde, tampoco quiso perder el tiempo y, poniéndole buena cara a la vida, se puso la camisa que había planchado el día anterior.

«Así que me estás retando, vidita de mierda», se dijo. Para esa hora, Juanito era una olla exprés con gajos de malestar acumulados. Un tic-tac comenzó a

sonar en su interior. Se prometió que a todo hecho, sin importar cuál fuera, se mantendría indemne, estoico; si la vida le aventaba los limones, él no haría limonada, él los pisaría con todas sus fuerzas y se los aventaría de vuelta: «Vidita de mierda, a mí no me jodes, aquí seguiré, sonriente, ¿cómo ves? ¡¿Cómo ves?! vidita de mierda». Juanito sintió que, por cada frase mental y envalentonada, más cerca estaba de no perder. Más tarde, anticipándose a cualquier acto de piedad o favor por parte del doctor, decidió esperarlo parado a las afueras del edificio; no quería en ninguna circunstancia ser tratado como «un lisiado»; incluso, el bastón que le había dado lo sostenía en el aire con sus dos manos, con cierto desprecio, como si fuera un artículo innecesario, un estorbo para su figura.

El doctor Lara finalmente llegó y Juanito abordó directo el auto. Cuando este, después de darle los buenos días, le preguntó por el estado del tobillo, Juanito, que nunca pierde, le recitó su ya famosa fórmula de «El dolor está aquí», señalando su cabeza, para luego terminar con un: «Estoy más que bien, nunca necesité del bastón, muchas gracias, doctor». Durante el resto del trayecto, dialogaron

sobre lugares comunes para no entrar en los detalles de la delicada charla que les esperaba.

Al llegar al Sanborns, Juanito preguntó al doctor por las citas de esa mañana, y este le respondió que no había problema alguno, que su sobrina se había encargado de postergarlas y que lo realmente importante era la plática que estaban por tener. Juanito, que nunca pierde, se preparó. Por supuesto que, antes de comenzar, ambos ordenaron chilaquiles verdes, café descafeinado y pan dulce. El doctor fue directo: lo iba a jubilar con las prestaciones de ley, más un bono de gratificación por sus tres décadas de servicio; no quería que Juanito se expusiera a peligros como «el del día de ayer». Además, Rocío se encargaría de implementar su reemplazo por un sistema automatizado, por lo que, a partir de ese día, él quedaba libre. Incluso, le dijo que, si quería, podía asistir al consultorio esa semana para despedirse de los pacientes, pero con la condición de que el doctor pasara por él todas las mañanas y lo enviara de vuelta con Rocío cuando él decidiera retirarse.

Juanito, que nunca pierde, agradeció precipitado, argumentando que no era para tanto lo ocurrido, que qué sería del consultorio sin su atención, que incluso

los pacientes podrían tomar a mal su salida. Juanito hervía por dentro y poco a poco iba alzando la voz, al tiempo que la mesera llegaba con la orden, llevándole chilaquiles rojos en lugar de verdes. «Vidita de mierda, insistes, vidita de mierda, hijo de mil putos o putas o no sé qué», pensaba sin control alguno. «Vida, vida, vidita de mierda, ¡estoy que me lleva la chingada contigo!». El doctor Lara notó enseguida el enrojecimiento en la cara de Juanito y, para evitar un momento desgradable, intercambió los platos, total, le daba igual si sus chilaquiles eran verdes o rojos, pero Juanito, que nunca pierde, empezó a observar con furia a la mesera, alzó la voz como nunca lo había hecho en sus treinta años de servicio y profirió un par de insultos que hicieron voltear a los demás comensales: «¿Qué no me pueden traer unos pinches chilaquiles verdes? ¡Por favor, chingada madre!». El doctor Lara, comprendiendo la dimensión de su actitud, trató de tranquilizarlo y, cuando Juanito volvió un poco en sí, le pidió al doctor un momento, que lo disculpara, que iría al baño y que volvería enseguida. El doctor, conservando su amabilidad, asintió.

Juanito, que nunca pierde, estaba enervado y aceleró sus pasos rumbo a los baños. Quería orinar,

sacar un poco de frustración, lavarse las manos y también la cara. Bajó las escaleras decidido; nada mejor que un retrete y un lavabo, un poco de quita y saca de líquidos para renovar los ánimos, pensó. El camino desde el restaurante le pareció una larga marcha donde pudo seguir maldiciendo mientras percibía ciertas miradas a su alrededor: «Mierda tú, mierda tú, qué me ves, mierda, mierda tú y tú y tú también. El baño, necesito llegar al baño». Una vez ahí, Juanito tocó con impaciencia «¿Ocupado?», toc toc, «¿ocupado?», toc toc, «¿ocupado?». Los primeros tres lugares no estaban disponibles, pero Juanito, que nunca pierde, se confortó a sí mismo cuando pudo entrar al cubículo del fondo que estaba desocupado. «Lo logré, mierda, lo logré», se dijo toda vez que disfrutaba la vista del retrete como un paisaje conquistado. Cuando Juanito estaba por desabrocharse el cierre, empezó a sonar una alarma sísmica. Era un simulacro y una voz generalizada a través de las bocinas del recinto anunciaba que todos los comensales, vendedores y clientes debían abandonar el recinto. Juanito comenzó a proferir maledicencias con la mirada hacia la bocina que estaba en la parte superior de la pared: «Vida de mierda, aquí me tie-

nes. ¡Voy a orinar! ¿Me escuchaste? ¡Voy a orinar!. Juanito se bajó el cierre. Nunca se había visto en la necesidad de apelar a su propio ímpetu, que sintió como culmen glorioso cuando comenzó a orinar. «Tómate esta, tómate esta, vida de mierda». Bajo la interpretación de Juanito, la vida solo se estaba resistiendo a su victoria. Con los ojos desorbitados, llenos de rabia, empezó a menearse, a orinarlo todo sin importar la salpicadera que atiborraba su pantalón de pinzas, el retrete, las paredes y el cubículo contiguo. El chorro de orina zangoloteado por él mismo también salpicó sus zapatos. En medio de aquel éxtasis continuó gritando sonriente: «Tómate esta, vida de mierrrrdaaa». Juanito, después de haber ganado, se perdió.



# EL MOTEL DEL FALSO POETA MALDITO

EXTRACTO DEL DIARIO PERDIDO DE AUGUSTO  
MASSA (ANTES ARREBOL MEJÍA, POETA)

## I

**E**STABA REGOCIJADO ANTE LA POSIBILIDAD de consagrarme en el peldaño más glorioso de todos, aquel estadio que condensa las doctrinas más puras de la poesía en una sola persona, una combinación excelsa, un delicado equilibrio entre ser apóstol, intelectual, vanguardista, maníaco, creador, compulsivo, violento de vibras altas, lleno de alcohol y odio. Estaba —como les dije antes— frente a la oportunidad de ser ungido; solo necesitaba un último paso, un último ritual para ser digno misionero de la palabra «maldito», pero todo se arruinó a última hora. Heme aquí ahora como un tipo normal, domesticado en las buenas costumbres,

trabajo estable, sin vicios de ninguna índole, un tipo ordinario que ahora es financiero, pero ¿cómo llegué hasta acá?, a este punto de semejante degradación, yo que toqué prácticamente el cielo *baudelairiano*, yo que estuve a punto de condensarme en mito.

Todo ocurrió en un antiguo motel.

II

Me levanté aquella mañana como cualquier otra, sin la conciencia del paso que estaba dispuesto a dar, pues ya desde la noche había estado tomando el aguardiente antioqueño que Andrés me había comprado en su último viaje a Colombia. Para serles honesto —quizá esta honestidad es lo último que me queda de aquellas épocas—, no quería tomarlo; quería algo más fuerte, cercano al cuarenta y nueve por ciento de alcohol; quería algo que se posesionara de mis sentidos, pero bueno, es lo que tenía a la mano y ni modo de exigir otra cosa, más porque tenía el dinero exacto, contadito para asistir desde aquella tarde al clásico Motel Amor de la ciudad. Mi plan era algo similar al del otrora poeta Manolo Acolman;

incluso a mi poema lo había titulado, ¿cómo lo había titulado?, ya no me acuerdo, bueno, creo que sí, era algo así como «Nocturno al verano» o «El último verano», la verdad no me acuerdo.

Yo sé que una de las ideas del motel es llegar en auto, pero aquella tarde no lo tuve, pues entre los baches y topes de esta ciudad se terminaron por arruinar los amortiguadores. Entonces llegué a pie, decidido, con un frasco de cápsulas medicinales caducas y condones en la mochila, listos para mi último encuentro casual con Z, con quien, después de verme en la 8 Poniente, había acordado encontrarme en el motel. Llevaba también la cuarta parte del aguardiente que no logré consumir, alcohol de farmacia para completar, un par de cervezas y la expectativa de encontrar algún *dealer* en la recepción que me vendiera de todo un poco. Quería hacer una mezcla poderosa, explotar y que mi destello iluminara la posteridad, y dejar un poema, mi último poema, donde explicara los motivos de mi exilio (en aquel entonces, pensaba el mundo como un rincón de ciegos y mercenarios que no comprendían mis versos y que, por tanto, tampoco me merecían). Seguí con mi plan. Nada como terminar mis días en

un motel clásico, algún sitio donde pudieran dejar intacta mi última habitación, que con el tiempo, y ante la imposibilidad de ignorar mi sacrificio, el canon volviera museo, un sitio de peregrinaje. Porque hasta ese momento pensaba que no había nada mejor que la evocación de un alma rota en un motel para consagrarse maldito.

### III

Llegué —recuerdo— vestido con los jeans que tenía sin lavar por más de tres meses, la playera negra del concierto de Sabina, un sombrero negro y un saco guinda que le había robado a mi papá.

¿Cómo debían encontrarme para que aquella última imagen se tornara legendaria? Me pensaba así: recostado sobre una cama de sábanas blancas; mi figura inerte en posición de Drácula; colillas de cigarrillo recién aplastadas; la primera edición a medio abrir de los *Escritos de un viejo indecente*, del gran Bukowski; el saco sobre la silla del tocador. Debía mi semblante transmitir dolor: el abismo de la muerte con mi cuerpo llano y sincero. Todo aquello

tendría que hacer juego con la habitación, donde seguro habría un *jacuzzi* que no llenaría, cápsulas flotantes y mi cuerpo desnudo. No, qué horror. Más bien, en el *jacuzzi* encontrarían hojas de papel con versos perdidos, inéditos, a medio mojar, para que alguien en el acto pudiera rescatarlos, secarlos al sol y publicarlos con algunos comentarios al pie. Entonces, sumaría así una publicación póstuma. Imaginaba la introducción a aquel libro diciendo que de los papeles rescatados en la tina de la habitación de motel en donde exhaló su último aliento el gran Arrebol Mejía (o sea, yo), se pudo —al cabo de revisar su diario, sus correos electrónicos incluso su wasap— hacer una compilación de alguien digno de ser llevado a los altares literarios. Imaginaba un documental (uno premiado en algún festival de cine, por supuesto) que mostrara las calles que recorrió, con mis versos leídos en voz en *off*, con entrevistas a gente que me conoció en vida, incluyendo a Z, la última persona que me vio con vida, quien cerraría el documental con alguna sonrisa lagrimeada, diciendo «nunca imaginé que ese día sería la última persona en escuchar los inigualables versos de Arrebol».

Imaginaba con detalle y orgullo mi último semblante, mi último performance, al que bien podrían haberle llamado «de Schrödinger», pues no estaría ni vivo ni muerto, sino que sería un poeta dormido que, aun muerto, sigue haciendo arte y que por tanto continúa vivo. Me convertiría en el afiche preferido de mis seguidores. Ahí estaría yo, en la foto de perfil de varias personas, evocando para ellos y por ellos la incomprendición, la perdición más pura, la irreverencia y la genialidad no reconocida. Estaría mi rostro en las playeras, en los vasos y platos de peltre, en las fundas de celular, en todo aquel espacio que pudiera recordarle al mundo que yo, el poeta más maldito de todas las generaciones anteriores y futuras, era también un poderoso símbolo irredento. ¡Malditas sean las circunstancias que me lo impidieron! Pero bueno, no me puedo quejar. Al terminar este escrito volveré a mi sillón, destaparé mi agüita mineral y me pondré a ver el *Monday Night Football* que tanto me gusta. Esta calma medicada que ahora siento no la cambio por nada.

En fin, volviendo a la historia, recuerdo que aquella tarde la fachada del motel estaba intacta; las cámaras de vigilancia, sucias y fijas como siempre;

la misma entrada vehicular, los mismos colores rojo chillante con aquel blanco invadido por la mugre de la calle, y yo alcoholizado, un poco eufórico y expectante. Llamó mi atención que al entrar no encontré a nadie en la recepción; debí presentir que algo extraño pasaría, pero decidí no hacer caso de las señales; quizá debía haber cambiado de sitio, pero algo me indicaba que ese era el lugar adecuado, pues su ubicación céntrica (sí, un motel en pleno centro de la ciudad) haría estallar los reportajes, rumores y leyendas en torno a mi último acto. Como no encontré a nadie en la recepción e iba decidido, me animé a caminar rumbo a las habitaciones. Total, hacerlo de manera clandestina, pero en un lugar conocido, le añadiría mayor significado. Debo confesar que en este punto iba algo bajoneado, pues durante el último año había enviado doce manuscritos a distintos concursos y editoriales; me había postulado a un par de becas de creación y, sin recibir respuesta ni ganar alguno de ellos, me empecé a cuestionar si me faltaría talento, dedicación, seriedad o suerte, pero al cabo de algunos días decidí que nadie tenía los tamaños para comprender mi genio. Mi miedo se volvió ira y de la ira pasé a la acción. Además, mi

vida personal no iba tan bien; hacía dos semanas que me habían despedido por grabar a escondidas bajo la falda de mi jefa de piso. Como consecuencia, mi exnovia (no la nombro pues no merece compartir mi posteridad) terminó por correrme de su departamento. Ya habíamos cortado, pero en lo que encontraba otro sitio, acordamos quedar como *roomies* mientras se terminaba el contrato de la renta que ambos habíamos firmado. Enhorabuena me corrió de ese infierno sin obligaciones monetarias de por medio. Hoy, al cabo de los años, soy un hombre felizmente comprometido con una mujer que sí me entiende. En resumen, había reunido ciertas condiciones que hacían de mi vida un desastre, o lo que antes hubiera llamado «una mierda», e iba con el ímpetu necesario para convertirme en parte de esa estirpe legendaria.

IV

Caminé por el pasillo que llevaba a las habitaciones y llamó nuevamente mi atención el hecho de que ahora estuviera más iluminado y sin las luces de neón de antes. Con mucho sigilo, abrí la primera puerta que

encontré a mi izquierda, pensando en entrar clandestinamente a algún cuarto que no estuviera ocupado. Una vez adentro, permanecí sentado en la orilla de la cama. Traía conmigo un ímpetu que no me permitía reflexionar que aquel en verdad estaba por ser el último día de mi miserable vida. Empecé por acomodar algunas cosas donde pude. Luego, recuerdo que quise llamar a Z para indicarle la habitación; de todas las chicas, era la que mejor servicio daba, pues siempre me permitía recitarle algunos de mis versos al final de nuestros encuentros. Busqué entonces un teléfono en la habitación, merodeé por todos los rincones, pero no había, y fue justo en ese instante cuando comencé a notar extraños detalles. Ignorando esta primera anomalía, decidí mandarle mensaje por wasap a Z, al tiempo que osé masturbarme con la última *nude* que me había enviado como parte de su promoción. Fui dejando —como rezaba mi antiguo apóstol— que todo fluyera y se fuese al diablo. Unos minutos después de terminar, por alguna razón, me vi acostado sobre una cama individual dura, austera y algo vieja. Lejos estaba de encontrar una cama matrimonial adornada con una toalla en forma de cisne o algo parecido donde Z y yo pudiéramos estar a nuestras anchas durante al

menos una hora; una cama donde, llegada la noche, pudiera quedarme acostado cómodamente en solitario hasta exhalar mi último aliento. Noté, además, que el cuarto tampoco tenía *jacuzzi* o mínimo una regadera rodeada de cancelas transparentes de vidrio; solo había un baño sencillo con taza y lavabo. Me había olvidado de que antes el aroma barato de lavanda era lo primero en percibirse; ahora solo había una ligera calma olor a pino, iluminada por el rojo fosforescente que seguía coloreando los filamentos de las paredes bajas y altas. Por un momento me pregunté si había entrado al lugar correcto o si la administración había cambiado y aquel sitio les había quedado «minimalista» en su intento de remodelación. Decidí ignorar el entorno, al final lo más importante era yo, que en aquella tarde estaba decidido a no dar marcha atrás en mi último acto. Me repuse, dejando mis *kleenex* sucios en la cama. Caminé hacia una mesita ordenada que tenía la habitación, me puse audífonos, reproduje en modo repetición «Canción para mi muerte», del grupo *Sui Generis*, y comencé a escribir en una libreta vieja que aparté especialmente para ese día. Por momentos me parecía increíble que estuviera redactando mi último poemario (sí, escribiría un poemario en una

## EL MOTEL DEL FALSO POETA MALDITO

hora y media), donde dejaría constancia de aquella jornada maldita, mi herencia literaria. Recuerdo haber comenzado diciendo:

Ahogado en tus ríos de indiferencia  
navegaba el ron libremente por mis heridas  
sacaba de mi corazón cajetillas de cigarros....  
su humo adquiría la forma de ilusiones guardadas  
ilusiones que han llegado hasta aquí vomitadas por la noche  
con algunos condones a medio usar para recordarte.

Moriré en medio de un motel  
incom  
pren  
di(l)do (como objeto oculto)  
abando  
nado, nado, nado, nado hacia ningún lado...

## V

Estaba, debo decirles, comenzando a escribir con plenitud, entre lágrimas y episodios de ira, contra mi exnovia, contra los jurados que no supieron valorar mi obra, contra los críticos que me ignoraron

olímpicamente en cada reseña, contra mis papás que siempre que les leía mis poemas me exigían buscar un trabajo formal. Me la tomé también contra aquellos «amigos» que nunca se asomaron a una sola presentación de mis lecturas y poemarios (putos, todos). A esas alturas, algo más allá de mí empezaba a poseerme. Me había acabado la botella de aguardiente, me había metido unas tres o cuatro pastillas, cuando de pronto varias voces comenzaron a gritar con euforia, traspasando los sonidos de la canción en mis audífonos, perturbando mi concentración. Pensaba —honestamente se los digo— que estaba escuchando alguna orgía intensa cuyos sonidos debían provenir de una habitación contigua. No pasó más de un minuto cuando también comencé a escuchar llantos de mujeres, hombres e incluso de niños, y por un breve instante pensé que si aquello era una orgía estaba llegando demasiado lejos. Salí de la habitación, definitivamente la parafernalia esa no era normal. Las voces, que de pronto parecían cánticos, comenzaron a sonar más fuerte y pronto se sumaron aplausos y más aplausos. Olvidé por un instante que estaba escribiendo mi último poemario. Me quité los audífonos, dejé la libreta y la pluma con leve

indiferencia, como si aquello fuera un movimiento más de mi vida cotidiana. Con mis gafas puestas para proteger mi identidad en el pasillo, caminé algo tambaleante hacia la puerta, tomé valor para asomarme a la habitación contigua y la fui abriendo lentamente: «¿Y si son voces que están mi cabeza y no fuera de mí?, ¿y si son de verdad y me terminan pidiendo que me les una? Retrasarán mi acto... no... ¿Y si me sacan a golpes por metiche?». Al final no me importó. Tenía que corroborar los sonidos, las voces, los aplausos, incluso la voz enfurecida de una persona. Me parecían extraños y, por tanto, me hacían sentir desubicado. Como quien destapa sus oídos, descubrí que aquello no era un cuarto común sino un lugar mucho más grande, casi un auditorio. Todavía me recuerdo a mí mismo abriendo la puerta para contemplar lo que en realidad era un evento religioso atiborrado de creyentes. Flores, micrófonos, un púlpito, hombres y niños trajeados, mujeres y niñas con faldas largas. Todos cantando y alabando con euforia. Pensé con cierta turbación que mi pequeño coctel mal hecho me había orillado a tal alucine. Volví a cerrar aquella puerta con todo el sigilo que pude. Me apresuré a salir para tomar

un poco de aire fresco. Aquella atmósfera me hizo sentir abrumado.

Al salir, respiré con la mirada dirigida al cielo, acordándome enseguida del letrero del motel. Entonces, quise confirmar que estaba en el lugar indicado. Estaba seguro, pues tenía un corazón en la fachada y decía Motel Amor. Estaba seguro. Lo podría jurar sobre un libro de Verlaine. Mi sorpresa fue mayor cuando, una vez asomado, pude constatar que abajo del letrero Motel Amor había una leyenda en letras chiquitas que rezaba «Iglesia de la Resurrección Especial del Tercer Día: Santificando lugares del pecado desde 1996». El estómago se me revolvió y vomité en ese instante sobre la acera. Como pude, me apoyé en la calavera del Chrysler Spirit que estaba estacionado a las afueras del edificio. Tomé aire. No lo podía creer, yo, el genio incomprendido, el indomable, la voz de la generación de la década perdida, humillado en mi último acto a causa de mi estupidez. ¿Y ahora?, me pregunté. No tuve el valor de volver a entrar por mi mochila. Como pude, con mis treinta y dos años a cuestas, con el aliento apestoso, con la sensación de ridículo, volví a casa de mis padres.

Al día siguiente, cuando desperté de la gran cruda, fui enterándome de que, en el cuarto del predicador de la «Iglesia de la Resurrección Especial del Tercer Día», ubicada en el centro de la ciudad, habían encontrado alcohol, pastillas, una prostituta que alegaba que no había llegado ahí para redimirse en la palabra del señor y algunos escritos provocadores, lo que, sumado a algunas denuncias y antecedentes previos de infidelidad, fraude, alcohol y drogas, terminó por conmocionar a sus seguidores. La fuerza pública tuvo que intervenir para evitar tumultos.

Hace años ya de este episodio en el que los críticos y lectores adjudican al encarcelado y otrora pastor de la iglesia una serie de poemas malditos palomeados por el canon oficial. Yo quise reclamar la autoría, pero nunca me creyeron, las cámaras del motel no servían y nunca pude comprobar mi ingreso; ni siquiera con el testimonio de Z, quien me dio la espalda, ignorando cada mensaje y llamada que le hice desde entonces. Encima, no faltó quien me tachó de oportunista y farsante. Una vez escarmentado, juré renunciar a mi acto y reformarme, no fuera a ser que mi consagrada estupidez —sí, consagrada— terminara por encumbrar a otro falso poeta maldito.



## METACUENTO

8:52 a.m.

Tengo la hoja en blanco frente a mí. Quiero comenzar a escribir un cuento, un cuento suficientemente... perdón por el «mente», corrijo: un cuento bueno, tan bueno como para colocarlo en una revista con algo de eco (perdón por la rima) o en alguna antología que tenga repercusión. Pero sigo teniendo la hoja en blanco, mi cuarto en silencio, mis dedos tecleando de arriba a abajo sin llegar a algo concreto, mi labio inferior mordido por el filo moderado de mis dientes, las piernas cruzadas, retraídas, y la espalda baja adolorida por la postura que tengo al escribir; bueno, todavía no siento que haya escrito algo concreto, solo

HUGO ERNESTO HERNÁNDEZ CARRASCO

borro a cada rato un conjunto de oraciones de las que no estoy convencido.

10:20 a.m.

La hoja en blanco se niega a irse. Nunca la había pensado así, pero ahora la veo como una presencia maligna, como si la nada hubiera adquirido una condición demoniaca. Abro el reproductor de música, quizá alguna canción favorezca mi escritura. Pasan diez minutos en los que tarareo y veo el monitor. Pronto, me doy cuenta de que en realidad la música, lejos de inspirarme, me hace perder el miedo al vacío. Ahora, la hoja en blanco se torna cada vez más grande. Tenía la esperanza puesta en mi lista de reproducción, que tiene por nombre *Inspiring*, y ahora caigo en cuenta de que la nada y el vacío adquirieron ritmo y que la hoja en blanco es su pista de baile (ya sé, un lugar común).

11:30 a.m.

Llevo casi tres horas pensando qué escribir. Mi madre (sí, todavía vivo con mis padres) toca a mi puerta. Le asusta que me retraiга tanto, que no haya contestado los buenos días en todo este tiempo,

que todavía no baje a desayunar. Me pregunta si estoy bien. «¡Sí, mamá, estoy bien!», le contesto sin convicción y con cierto dejo de coraje en voz alta.

Bajo con algo de resignación; me apuro a comer mi sándwich y tomar café. Mientras, en la cocina, las voces de mis padres comienzan a mezclarse en una discusión incómoda que semana a semana, desde hace dos meses, han tenido sobre mi futuro. Como puedo, intento volver pronto al cuarto. No soporto escucharlos así, y sobre todo si se trata de mí, porque cuando ninguno de los dos gana la discusión, ambos se giran a verme con rencor y comienzan a descargar su frustración conmigo.

—Ya sé que le dijimos que al terminar la carrera tendría un año para escribir, pero ya pasaron meses y no veo algún avance. Tiene que ponerse a trabajar o se le va a ir la vida en... ¡en nada!

—Pues sí, pero todavía no pasa el año y ya le estás exigiendo resultados al pobre chamaco, no seas así. En tres o cuatro meses sale la convocatoria para la beca que quiere pedir.

Me alejo mientras siguen discutiendo, y sus voces se van haciendo menores conforme subo las escaleras.

—¿Y le irán a dar la beca? Lo único que veo es que no escribe nada, solamente se la pasa leyendo. Siempre está ahí, sin hacer nada, frente al escritorio, ¿qué hace o qué? Mira, yo lo digo por su bien... que salga del cuarto, pasa mucho tiempo encerrado, ¿así... cómo? necesita experiencia, que se curta allá afuera, que se busque a alguien, que haga algo de provecho o que por lo menos haga ejercicio. Pero verlo ahí todo el día, sin hacer nada, tirado como trapo al cabrón, es una lástima. Estamos solapando su desgracia.

—¿Cómo que «sin hacer nada»? No seas radical, Emiliano. Leer seguro que le sirve, además, él ya escribió algo, ten paciencia. ¿No ves que va a mandar a concurso para ver si le publican? La otra vez me leyó un cuento muy bonito...

—¿Un cuento bonito? Ah, mira, qué a todo dar... ¿y por qué no me ha leído nada a mí todavía?

—Pues no sé, quizá no te lo leyó porque no le inspiras confianza, siempre que le hablas es para decirle de cosas... ¡Gustavo! ¡Gustavo! Ven aquí... mira, ven a leerle a tu papá el cuento que me leíste la otra vez.

Cierro los ojos, suspiro, aprieto el puño. Pienso a conveniencia que, para no tener que batallar con

ellos, debo bajar a leer ese cuento que escribí hace ocho meses, ese cuento que es el último que terminé antes de sentir este maldito bloqueo. Todavía hasta hace una semana lo consideraba una genialidad, pero hoy, al amanecer, cuando lo leí con mayor atención, me pareció una verdadera porquería, salvo la última línea; fuera de eso, los personajes se me hacen patéticos y la trama algo ridícula.

12:05 p.m.

Bajo las escaleras. Me siento como nunca, a su merced, vulnerable, auditado más allá de rendir cuentas. Fueron ellos quienes me permitieron tomar el «año sabático» para prepararme mejor, leer más, conseguir que publicara un par de cuentos en revistas importantes y buscar postularme con ello a la beca de La Fundación. ¡Les hubiera pedido mejor dos!, solo a un pendejo como yo se le ocurre pensar que resolverá su vida literaria en un año.

Ya sé, tampoco en dos o en tres. O en cuatro.

Leo sin mi dignidad interior. Solamente porque mi mamá tiene una cara de optimismo y de ilusión y no tengo el corazón para deshacérsela. Mientras leo en voz alta mi cuento, pienso en lo distintas

que se escuchan las palabras. Qué empequeñecida dimensión cobra mi historia; mis letras parecen burbujas estrellándose en la cara rabiosa y escéptica de mi padre. Mi madre, aun así, lo observa constante, esperando que haga algún gesto aprobatorio. Termino de leer mientras considero cómo es que ahí, en la intimidad de mi cuarto, mi cuento parece un torbellino que puede arrasarlo todo, pero aquí, afuera, parezco diluirme junto con mi relato. Mi padre se queda pasmado. Pasan los segundos y, a pesar de mi propio pesimismo inicial, algo dentro de mí recapitula y vuelve a encender mis ánimos y mi confianza. No sé si le gustó o no —pienso— y la verdad no me importa. A pesar de considerarlo una porquería (el cuento), leyéndolo en voz alta me doy cuenta de que no es tan malo, que de hecho pude desarrollar bastante bien el clímax y darle un mejor cierre, ¿cómo es que no he vuelto a replicar en otra historia este ritmo?, ¿qué me falta?, me pregunto en mis adentros. Enseguida, mi padre (que no es un lector asiduo, pero sí «el que todo lo sabe») me da recomendaciones, primero porque no le entendió, luego porque le pareció que era muy largo y repetitivo, y al final porque los nombres de los protagonistas

nistas no sonaban reales. Lo juro, estoy a punto de mandarlo, especialmente a él, al carajo, a la mierda, a la chingada, pero me detengo. Para contenerme, pienso que aquí no está mi guerra, mi verdadera guerra está en otro lado, allá arriba en la habitación. Es una guerra contra la hoja en blanco, es ella o soy yo, pero ninguno de los dos puede prevalecer.

12:11 p.m.

Ellos no saben que este cuento tiene ocho meses: de hecho, piensan que es algo que acabo de escribir esta semana. El cuento definitivamente no le causa ilusión alguna a mi papá, y eso es lo que más me duele. Puedo percibir el estado de ánimo de ambos en sus semblantes.

Mi padre recupera su postura, me pide que busque un trabajo de medio tiempo mañana mismo, «saliendo chance y te inspiras... no creo que te haga daño, igual y hasta conoces la historia de alguien y eso te termina sirviendo para que fluyan tus ideas». Mi mamá no me defiende esta vez, puedo percibir su hartazgo y cómo la ha llevado a ceder ante él. No sé por qué aún no exploto, en cambio, sé que tengo que calmar mis ánimos, otra vez por conveniencia.

—A ver, gente, lo que hago no es algo mecánico, no es algo que pueda producir en serie y dar por iniciado o terminado cuando yo quiera. Hagamos algo. Denme hasta mañana para terminar de pulir mi cuento y mandarlo a la revista que les dije. Los resultados los dan hasta dentro de un mes. Una vez que envíe mi cuento, me pondré a buscar un trabajo de medio tiempo, pero, si mi cuento queda en la revista, aunque ya esté trabajando, yo renuncio para volver a dedicarme única y exclusivamente a escribir. Además, les dije que quiero postularme para la beca y eso solo es posible si tengo, aunque sea, una publicación importante.

Para mi sorpresa, mi padre accede. Mi mamá luce más tranquila y yo gano un poco de tiempo, no mucho. No es lo ideal, lo sé. Quizá si me hubiera puesto a discutir con todas mis fuerzas. Pero me detuve a tiempo. Salirme de casa tampoco es opción. No todavía. No con la hoja en blanco mandando por la borda mis sueños.

13:16 p.m.

¡Qué poca dignidad me queda!, ¡qué pocos huevos los míos! Ceder así, sin resistir. ¿Tanto me habrá

debilitado el no tener algo redactado hasta ahora? No, no. En realidad, fue un acto de rebeldía. Bueno, a quién engaño, obviamente no voy a recomponer mi cuento de hace ocho meses.

¿La verdad? Me impuse un reto suicida: escribir otro cuento, pero en menos de un día. Un cuento genial, tan genial como para que sea mi puerta de acceso a la Revista Nacional de Literatura, a la beca de La Fundación, y con ello conservar mi sueño intacto.

14:29 p.m.

Algunos meses ya desde que me ilusioné con solo dedicarme a escribir, algunos meses desde que escribo cosas que no me convencen y que termino por borrar al cabo de un rato. ¿La hoja en blanco estará matando mis palabras?, ¿yo soy yo? No, no, yo creo que sí es ella, la nada color blanco que, en realidad, sí es algo porque tiene color, pero sigue siendo nada (otra vez, ya sé, el lugar común). La nada que se camufla de blanco y se convierte en hoja y ahí está, inerte, silenciosa, cínica.

La otra vez soñé con ella, sí, sí, con ella, con la hoja en blanco (ah, qué pinche recurso tan barato). Soñé que estaba frente a la computadora, que daba

clic y que la abría; ahí estaba el cursor parpadeando en solitario, como un atleta que se hinca antes de la carrera para luego comenzar a correr. Soñé que dentro de la hoja se dibujaba una puerta. Era una puerta trazada por líneas negras y delgadas. De pronto, esta se abría y yo la observaba con miedo. En su interior había un fondo negro, totalmente negro. Como cualquier cosa es posible dentro de los sueños, pude meter mi dedo en la habitación negra que mostraba la puerta, luego mi mano. Su interior no se sentía raro, pero era un vacío que, conforme me adentraba, se iba haciendo más y más grande, y entonces noté que también cabía mi brazo y luego el otro, y de repente sacaba mis brazos y metía mi cabeza para ver cómo era ahí adentro. Sabía que estaba oscuro, pero supuse que, quizá metiendo mis ojos, se revelaría algo. Metí mi cabeza. Solo puedo decir que sentí una inmensidad y una quietud rodeándome. Yo no había escuchado hasta entonces lo que era el silencio, pero, ahí adentro, el silencio emitía un sonido que anulaba cualquier ruido externo (¡oxímoron para salvar las apariencias!).

Intenté sacar mi cabeza, pero no pude y, sin éxito, pasé a la desesperación. Era tan real todo que

imploré en el sueño que «ojalá esto fuera un sueño». Recuerdo que quería despertar y algo (o alguien) no me dejaba, y eso comenzó a angustiarme. Tanto se escucharon mis quejidos que mi mamá tocó a la puerta para preguntarme si me encontraba bien. Fue justo su voz lo que logró expulsarme del fondo del sueño. Desperté en la oscuridad de la habitación, con el sudor humedeciendo mi playera y con cierto miedo. Acudí enseguida a la puerta y, sin abrirla, le confirmé con voz baja a mi mamá que todo había sido un mal sueño. Antes de volver a la cama, observé la computadora con recelo, fijando mis ojos en su pantalla oscura. De lo angustiado que estaba, encendí el foco de la recámara y así me dormí, con la luz prendida hasta el amanecer. Al despertar, me dije que todo había sido un mal sueño. Para tranquilizarme, encendí mi celular, revisé mis mensajes, me puse a ver unos videos, repasé las frases e ideas guardadas en el bloc de notas.

Nunca más he vuelto a soñar con ella, pero desde entonces tengo un miedo chiquito, casi imperceptible, que me acompaña cada que enciendo la pantalla. Me tranquiliza pensar en la imposibilidad de la aparición de una puerta en la hoja en blanco. Aun así,

el miedo persiste. Sé que es algo irracional, pero no importa. Es que, de verdad, debieron haberlo visto, estar ahí tal como yo lo estuve no fue nada fácil, cualquiera en mi lugar hubiera entendido lo que pasé y comprendería por qué desde ahora cubro todas las noches la pantalla de mi computadora.

16:08 p.m.

Sigo con eso que llaman «bloqueo de escritor», aunque quién sabe, porque yo todavía no soy un escritor que digamos «¡uf, qué bárbaro!», todavía no me publican algo relevante salvo en pequeños espacios, blogs o revistas hechas a mano; soy todavía un aprendiz, pero eso no impide que tenga bloqueos.

18:33 p.m.

Creo que todo comenzó cuando me dije a mí mismo que debía «pensar en grande», que debía apostar por mi talento y mis letras a publicaciones mayores, ahí fue cuando se jodió la cosa: ahí fue cuando apareció la hoja en blanco. ¡Me vieran!, unos años atrás, cuando todavía estudiaba la licenciatura, leía y escribía (sí, ya sé, los «ías») como si no hubiera un mañana; publicando en el blog de la facultad, en mi

muro ocasionalmente (otra vez el «mente»). Llegué a ganar un par de concursos en redes sociales, también publiqué en la revista artesanal *Letras Revueltas*, fundada por la disidencia literaria de la ciudad en honor a José Revueltas, pero debo confesarles que lo que me envalentonó a querer volverme escritor de tiempo completo, acá entre nos, fue la vez que vi triunfar a Huitzil Canseco —mi antigua compañera de taller literario— en el concurso nacional de cuento corto. ¿El premio? Cien mil pesos y una publicación electrónica. Recuerdo haber leído su cuento una y otra vez, y ahí estaba, ese cuento simple que pasó desapercibido cuando lo leyó en el taller. Dios, qué bodrio aquel como para ser premiado, pensé. Encima, el jurado afirmó otorgarle el primer lugar «por su impecable escritura, su particular trama y renovada fuerza literaria». Y fue entonces cuando me dije: «si ella pudo ganar con semejante cuento, creo que lo que hago yo me alcanza para eso y más».

19:51 p.m.

Al fin logré escribir «algo». Luego de pasar toda la tarde procrastinando entre deberes y distracciones, creo que la presión me está ayudando a aterrizar

lo que quiero escribir. No me gusta esta forma de trabajo, pero siento que es la única que me puede funcionar. Al fin estoy derrotando a la hoja en blanco, está brotando una historia. No me convence del todo. Es sobre un joven escritor que tiene un bloqueo, que tiene meses sin poder escribir un cuento y entonces, para salirse por la tangente, decide hacer un cuento sobre un joven escritor que tiene un bloqueo. Vaya, sé que no es algo original ni novedoso, incluso no sé si literario, pero no se me ocurre otra cosa a estas alturas. Por momentos pienso que me está quedando bien y por momentos pienso que no me dará para tanto, que es algo modesto, construido con un lenguaje simple, sin imágenes o técnicas que revelen grandes cualidades argumentales y estéticas.

22:56 p.m.

Esta es la historia de mi historia, una en la que bien pudiera ser yo el protagonista, diferente a las anteriores que he escrito. Solo yo sé cuánto he progresado en estos meses, cuánto he avanzado en perfeccionar mis letras. Creo que es suficiente, que la suerte está echada. Apago la computadora y me acuesto a dormir.

3:33 a.m.

Me despierto. He vuelto a soñar con la hoja en blanco. Soñé que la puerta que se había dibujado en ella la primera vez ahora se cerraba, se terminaba por diluir. En su lugar aparecían letras, muchas letras acomodadas de forma meticulosa como cubiertos sobre una mesa. Su lectura no conducía a alguna parte, las palabras no contenían alguna fuerza, no me sentía socavado ni nervioso ni angustiado como en el primer sueño. Solo líneas que, una tras otra, se volvían uniformes hasta ser toda la hoja un laberín-tico firmamento de letras con nulo sentido.

Para ser de madrugada y a una hora algo maldita, siento una calma semejante a la comodidad; no hay agitación, no hay miedo, y eso me aturde. Porque, además, desde la tarde-noche en que me supe victorioso sobre la hoja en blanco, debo confesar que me extrañó no sentir euforia alguna por mi triunfo, no experimenté satisfacción o alegría; es más, ni siquiera lo escribí en este texto para hacerlo notar. Solo una sobriedad extraña como la de ahora.

Volteo a ver la computadora. Una curiosidad innata me lleva a encenderla. Abro la página; quizá con ello invoque la puerta del sueño. En su lugar,

HUGO ERNESTO HERNÁNDEZ CARRASCO

aparece el cuento que escribí hace unas horas. En medio del silencio y la oscuridad de mi cuarto, puedo percibirme de que el cuento me exige un mejor final. Luego, caigo en la cuenta de que la insípida victoria es solo el principio, que todavía queda combatir algo más peligroso que la hoja en blanco, eso que amenaza no solo a quienes escriben, sino también a quienes leen, ese conjunto de palabras sin sentido que, a pesar de su acomodo ¿o comodidad?, su impecable ortografía, se vuelven a la larga una página vacía, una página que parece más la puerta de salida que de entrada a la literatura.

Sí, qué miedo, qué miedo escribir sin parar un montón de páginas vacías de sentido. (Perdón por el final con lugar retórico y común).

## MICROTEXTOS

### *Profecía autocumplida*

La profecía autocumplida lanza una piedra al aire.  
Esta se eleva hasta hacer lenta su caída. Cuando la  
gravedad la reclama, la profecía se aproxima son-  
riente. La piedra le perfora la cabeza.

### *Se avecina*

Podrán cortar todas las flores,  
se morirán las abejas,  
y entonces

HUGO ERNESTO HERNÁNDEZ CARRASCO

nadie  
conocerá una primavera.

*Procrastinar*

Camarón que se duerme,  
soñará siempre  
que se lo lleva la corriente.

# HUEHUECÓYOTL

PARA J.A.P.B

I

JOSÉ ANTONIO SABE QUE LA CALIMA SE ACERCA, que acecha su verde y solitario refugio. La calima densa, roja y polvorienta se esparce impune por los cielos; salió del Sahara, pero, a diferencia de otros años, parece que a la arena la acompaña una furiosa necesidad de ahogarlo todo, ¿será la venganza de la naturaleza? José Antonio no lo sabe con certeza, o no lo quiere saber. Esa mañana soleada y seca es uno de los últimos amaneceres cotidianos en su vida. Corre el mes de abril en la atmósfera y el cielo, magno océano de aire, brumoso y azul, cae sobre una circunferencia limitada por las siluetas uniformes del verde oscuro de los árboles y la accidentada geometría de los volcanes.

En los linderos del Valle de Puebla y las faldas del Popocatépetl y la Iztaccíhuatl hay un espacio desde donde se puede apreciar esa lejanía que proyecta infinitud. En su seno, aislada de los tiempos presurosos, está la decadente Hacienda San Ignacio, que era de sus abuelos y a la que solo le sobreviven el casco y el camino original que la conecta, después de varias curvas accidentadas y terrosas, con la carretera federal México-Puebla. Sus alrededores se encuentran cercados por palos y púas que, disminuidos por los matorrales crecidos entre el verde y el metal, se combinan a lo largo de hileras irregulares por donde chisporrotean los brillantes rayos del sol. Ese punto aislado y roído es el hogar de José Antonio.

Harto del clima cambiante y caprichoso de la ciudad de Puebla, harto de las calles que le restriegan en la cara una soledad incommensurable ante la ausencia de Olga, harto de su rutina laboral, decidió jubilarse para terminar con dignidad —según dijo a sus conocidos— el último tramo de su vida. En esencia, desde hace cinco años, son él, su pequeña despensa producto del huerto que construyó antes de retirarse, un rifle de caza para defender a Jano de los coyotes cada que realiza senderismo, algunos artículos para

reparar los desperfectos del lugar, variados libros y muchos álbumes fotográficos a los que se asoma con nostalgia cada tarde.

«Esta foto es del año 86, el año que la conocí, Jano, ¿cómo ves? Esta otra foto es de la azotea de la casa del Carmen. Ahí nos sentábamos Olga y yo a comer nuestro helado cada viernes. Mira qué atardecer tan bonito el de aquel entonces. Apenas y se veían las puntas de los volcanes, pero ahora qué tal, los vemos todos los días en primera fila. Cómo me hubiera gustado conocerte antes, Janito, que Olga te hubiese conocido, pero bueno... ¡Ay, pinche Olguita! Te me fuiste muy pronto», José Antonio exclama con cariño, al tiempo que la estación de radio que sintoniza reproduce boleros interpretados por tríos famosos cuyas melodías parecen recuerdos empolvados en cualquier vitrina. La primera canción que aparece se llama «Nosotros», remasterizada, la interpreta Eydie Gormé, quien tapiza la atmósfera de la casa con la misma antigüedad de su voz. José Antonio la tararea, mientras Jano se encuentra en la sala, aburrido. Recostada su cabeza sobre las dos patas delanteras, el único sonido que emite es el de su cola, que se mueve y choca con el tapiz desgastado del sillón cada que José Antonio le habla.

José Antonio observa a Jano. Todavía recuerda cómo lo encontró, justo a las pocas semanas de su retiro. Ahí estaba con su pequeñez e insignificancia olfateando la hierba crecida a las orillas del casco de la hacienda. Sin dudarlo, le acercó agua, algunos cartílagos de pollo y arroz blanco. El cachorro nunca más se fue de la hacienda. José Antonio, cada que siente aumentar su soledad, no deja de decir en voz alta «gracias por mandármelo, Olguita, no sé qué sería de mí sin él». Ahí continúa Jano, aburrido y a la espera de la primera caminata del día, cuando de pronto el coro masculino de la canción se interrumpe; José Antonio voltea a ver la radio como si el aparato fuera una persona que le hablara; Jano levanta la cabeza, y ambos escuchan atentos, aunque por supuesto solo uno de los dos entenderá pronto la dimensión del evento que se avecina.

II

La voz consternada y grave de la locutora de la estación agudiza un poco más la magnitud del mensaje:

La capa de arena que sale del Sahara cada año ahora parece cubrir con mayor densidad el ambiente a lo largo de Europa y de América. Este fenómeno, mejor conocido como calima, se ha recrudecido en las últimas semanas. Científicos de la Universidad Federal Fluminense de Brasil, país más afectado, detectaron cincuenta veces más partículas en la capa de arena que en ocasiones pasadas. La calima es la mayor amenaza natural que enfrentamos este año. Fuentes cercanas nos informan que el gobierno saldrá a anunciar la aplicación del estado de excepción para todo el país el día de mañana, ya que se espera que la capa de arena atraviese el territorio en dos días. No se sabe cuánto tiempo durará su tránsito ni cuáles serán sus efectos inmediatos. Hasta ahora, en las zonas donde la calima prevalece por más de dos días se han detectado intoxicaciones, pérdidas de cosecha y muertes masivas de animales de granja y en estado salvaje. Se recomienda a la población...

Poco después del término de la cápsula informativa, la noticia es corroborada por un anuncio oficial, donde además se añade que habrá toque de queda en la región central del país desde las ocho de la

noche del día siguiente. José Antonio hace una mueca dirigiéndose a Jano, le pregunta su opinión, mientras exclama que a él le importa un carajo la arena, el toque de queda. «Imagínate que viviéramos en la ciudad, pobres diablos, pasar una crisis como esta, encerrado entre cuatro paredes, con ese clima del carajo que tienen por allá. Hace mucho que les advertí sobre esto y me tiraron de a loco. Ya les decía que tarde o temprano cualquier li-to-me-teo-ro iba a causarnos problemas con la contaminación, pero nunca me hicieron caso... que yo era un apocalíptico, un pinche exagerado... ¿Que qué es un litometeoro, Jano? —Jano volteó su cabeza ligeramente a la izquierda— Son partículas que viajan a través del aire, si saturan la mezcla de gases de la atmósfera, pueden hacer de nuestro entorno algo invivible. ¡Se los dije, carajo!». Jano vuelve a asentar su cabeza en el suelo.

José Antonio tiene un cúmulo de sensaciones encontradas sobre sí. Ondula entre la certeza con la que ha predicho —según él— el trastorno climático y el miedo a que este evento inminente supere por mucho sus propias fuerzas. Le consuela por un breve instante saberse profeta, pero también privilegiado. No hay quien los llegue a molestar, se sabe auto-

suficiente, aislado y con cierta ayuda del intacto entorno natural. Siempre pensó que la soledad, para disfrutarse, debía ser rutinaria, inamovible en su quehacer cotidiano; de lo contrario, cada hecho, cada suceso no controlado solo podía llevarlo a recordar su condición solitaria. Y aunque todavía conserva el optimismo de ser capaz de vivir el resto de su vida en esa hacienda, ahora, con la arena acechando su horizonte, desde lo más íntimo de sus entrañas, sabe que esa soledad que buscó voluntariamente puede volverse en su contra.

## III

Amanece más caluroso de lo habitual. La caminata ha sido larga. El saldo son dos peces para él y una rata de campo para Jano. Los aullidos de coyotes, que antes se escuchaban lejos, ahora los percibe más cercanos; incluso puede sentir sus ecos entre el sendero que les resta por caminar, sendero lleno de árboles que convierten al cielo en un azul intermitente, sendero repleto de hojas verdes que se mezclan con la hierba, plantas y piedras que parecen arrojadas

azarosamente por quién sabe qué tipo de voluntad. Al caminar, se percata de que el frescor del entorno sigue siendo el mismo que aprendió a amar desde la adolescencia; se suman a ello los aromas de los árboles, los sonidos de aves al levantar el vuelo, la misma quietud invencible de los alrededores que le devuelven la calma de la rutina.

Llegan a casa. Todo ahí guarda un orden que le es familiar, pero que a cualquier extraño le parecería un alboroto rústico de maderas, muebles, lámparas y utensilios polvorrientos, cuyo acomodo emula esas piedras del sendero que acaba de recorrer. Al cabo de un rato, José Antonio prepara agua de limón, mientras se combina el aroma de la sazón de sus comidas, que en su mayoría huelen a hierbas, ajo y aceite. José Antonio siente ligeros malestares que le carcomen las certezas: le duele la garganta, estornuda con frecuencia, siente los ojos irritados. Titubea por breves instantes, y piensa que puede ser su alergia que lo molesta cada cambio de estación, aunque duda, ya que ahora todos los meses le parecen caóticos, repentinos y, si bien la hacienda parece inmutable a cualquier presión externa, sabe que los días estacionales no son los de otras épocas. Piensa

también que su malestar puede ser un resfriado, cuya causa está en haberse dejado por más tiempo de lo debido la camisa humedecida por el sudor. En sus adentros, y sin admitirlo con franqueza, vuelve a sentir la ligera opresión solo de pensar que pueda volverle el asma, que se potencie su dolencia con la calima y que, en verdad, nadie esté ahí para auxiliarlo si le da un ataque. «¿Después de tantos años, a quién podría recurrir? Es tarde para renunciar a mis convicciones», se alecciona en voz alta.

Aferrado a su cotidianidad, a su silencio y a la indiferencia de lo que ocurre allá afuera, entre el recelo, la indecisión y ahora también la necesidad, termina prendiendo nuevamente la radio a la espera de más noticias. Se sienta a la mesa, donde la humedad y las maderas se combinan de nuevo con el olor a pescado frito, hierbas, limones exprimidos y el ligero hervor del arroz blanco.

Pasan un par de horas, José Antonio voltea a ver a Jano, le dice que tendrá que salir al pueblo, que quiere una consulta con el médico. «¿Los coyotes, Jano? No tengas miedo, mijo. Te dejaré encerrado aquí en la casa, nada podrá pasarte y si algo te pasa, yo los... bueno, ¡no quiero pensar en fatalidades!

Voy y vengo antes de que anochezca. Aquí te dejo comida y agua junto a la chimenea. No me veas con esos ojos, anda». Los únicos sonidos que provoca su despedida son los platos llenos de agua y comida que José Antonio coloca en el suelo, y los crujidos habituales de la puerta. Cierra con cautela y lamento, luego se dirige a su auto, un Golf azul del año noventa y dos. Funciona todavía para distancias cortas, consume poca gasolina y es el único recuerdo que conserva de su vida de recién casado, por allá de principios de los años noventa, la década en la que conservaba el optimismo, la década en la que, si bien comenzaba a vislumbrar sus predicciones climáticas, todavía encontraba sentido a su trabajo. Hoy volteía a ver al cielo, esa bóveda viva que siempre sintió un techo inalcanzable. «Va a llover, aunque de eso no puedo estar seguro ahora. ¡Ay, Olga!, si vivieras para ver esto». José Antonio suspira con cierta soledad, arranca el auto y emprende la marcha «al pueblo», así lo llama, no se molesta en pronunciar la nominación de santo y sustrato indígena con el que otros pueblos aledaños también se identifican «San Martín, Texmelucan; San Andrés, Calpan; San Andrés, Cholula».

Ahora son las tres y media de la tarde, el día se percibe más húmedo de lo habitual y, con ello, un insoportable bochorno. Los rayos del sol han calentado el interior del Golf, provocando que el olor de las vestiduras predomine. La estación de radio reproduce «Piel Canela». La interpretan en solitario Los Panchos. Los dedos al volante intentan seguir el ritmo del requinte «...que se quede el infinito sin estrellas...». El ajetreo de la carretera irregular le provoca un leve mecimiento del cuerpo que José Antonio acompaña con la cabeza y que aprovecha para sincronizar con el ritmo de la canción. Hace dos meses que no sale de la hacienda, por lo que el trayecto le resulta entretenido. Así, vuelve a contemplar armoniosamente el valle que se extiende más allá de los volcanes. «Mira a dónde vine a parar, Olga, al clásico lugar olvidado... quizá yo esté enfermo... no sé. Qué será de mi Jano si lo dejo solo, se lo van a comer los coyotes y yo no quiero, antes que hagan eso, mejor me llevo a Jano conmigo, para que me guíe hacia ti... Estaremos juntos de nuevo. Me haces falta... me has hecho mucha falta, mujer». El suspiro se repite al tiempo que un anuncio en la radio vuelve a recordar el toque de queda después de las ocho de

la noche. Durante el trayecto se conduce por un atajo, observa camiones militares y de la guardia nacional transportando lo que parece ser equipo médico y personal. Sus emociones van y vienen entre el temor a la calima, su posible asma, el enojo por su rutina interrumpida, la posibilidad de la muerte y un leve optimismo que con los años vividos ha llegado a manejar. Poco tiempo después, un retén le detiene, le pide que baje la ventanilla del auto, José Antonio pregunta expectante: «¿Qué pasó, oficial?... yo, yo voy al médico del pueblo, como verá soy un hombre mayor y necesito mis medicinas... Sí, acá está mi identificación...muchas gracias, oficial». José Antonio continúa su trayecto, le han pedido que vuelva antes de las ocho, que procure surtirse lo suficiente, pues la circulación estará detenida por completo desde la noche y durante los próximos días. José Antonio, por su parte, avanza con la misma calma, recuerda que es abril y eso lo tranquiliza, hay nubes y es normal, todavía no aparece el polvo del Sahara en el horizonte.

Llega al pueblo. Al bajar la ventanilla siente el mismo viento que recorre las calles sin rozar cuerpo alguno; observa letreros que se mecen con sonidos

chillantes que se vuelven un eco molesto a la distancia. El consultorio y la farmacia a la entrada del pueblo están cerrados, apenas se alcanza a contemplar el anuncio impreso en Arial y hoja tamaño carta:

### Volvemos pronto

José Antonio se queda parado un par de minutos frente a la puerta, pensativo. Cuando el tiempo se ha prolongado más de lo debido, volteá a observar el cielo, contempla los nubarrones grisáceos de lluvia que llegan desde Tlaxcala, contempla también la quietud en los alrededores, los autos estacionados, las puertas cerradas, las calles solitarias y los perros a pie de la banqueta que le hacen recordar la soledad de Jano. Con cierta mirada rencorosa, frunce el ceño. Sabe que trasladarse a la ciudad de Puebla es imposible. «Tal vez mi Jano esté impaciente y hambriento... a falta de medicinas me haré infusiones... tengo que volver pronto, qué hago acá». José Antonio se reprocha en sus adentros, corrobora para fortuna de sus convicciones que salir de la hacienda lo vulnera. Aborda de nuevo el Golf y se golpea la cabeza con el techo del auto. El golpe, lejos de provocarle un dolor

intenso, aumenta su irritación. Arranca de vuelta y entre la premura se le olvida prender la radio. «Qué bueno que ya no vives, Olguita, si vieras en lo que me he convertido, un viejo torpe... bueno, no, quizá si vivieras no sería tan torpe... ni tan viejo». El sonido del motor se potencia con el silencio del camino, mientras el cielo nublado comienza a oscurecer la claridad del día. José Antonio acelera, entre los miedos que circundan su cabeza está el que, en la oscuridad, los coyotes lo ataquen, ya sea en medio de su jardín, al bajar del auto o de espaldas al abrir la puerta.

Conforme avanza y retoma el camino, vuelven a sus ojos las mismas siluetas de árboles conocidos, el sentido de familiaridad con el paisaje se convierte poco a poco en resignación, y esa resignación va calmado sus ansias. Se acuerda del estéreo; al tiempo que lo enciende, el ruido provocado por el auto se desvanece en detrimento de «Mucho corazón», interpretada por Ema Elena Valdemar. La canción ya va por la mitad. «Seguro es mi alergia que me quiere jugar una mala broma, Olga, seguro es eso. Al llegar, me haré una infusión de eucalipto».

IV

Boletín número setenta. Diecinueve horas. Este es un aviso del Sistema Nacional de Prevención de Desastres. La calima se encuentra cubriendo parcialmente el sur del país. Su densidad es mayor a la reportada hace unos días. Nos encontramos a la espera de que en las próximas horas atraviese por completo los estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Estado de México, Ciudad de México, Morelos y Michoacán. Queda prohibido a la población salir de sus casas. El Estado Mayor Conjunto, a solicitud de los poderes de la Unión, se hará cargo de la implementación del estado de excepción en todo el territorio nacional. Esta medida también se extiende para los pasos fronterizos ubicados en Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora y Baja California. Repetimos, queda prohibido a la población salir de sus casas, quedan suspendidas todas las actividades hasta nuevo aviso. Mantenga la calma y aguarde el comunicado de los próximos boletines. Sistema Nacional de Prevención de Desastres.

Cobijado nuevamente en su casa, José Antonio echa una carcajada egocéntrica al aire —producto de su

profecía cumplida— a la que inmediatamente sigue un suspiro profundo y una negación con la cabeza mientras mantiene la mirada hacia arriba. Está concentrado en su ritual de autoaprobación cuando, al fondo, de entre los árboles que delimitan el final de la explanada de la hacienda, escucha un aullido corto, seco, y, después, unos pequeños ladridos. Nota enseguida que no son solo ladridos, sino también varios aullidos que parecen comunicarse entre sí. La noche magnifica los sonidos que salen de la hierba que crece entre los árboles, cuyas ramas el poco viento mece a un ritmo inusual. Jano se ubica detrás de la ventana, con la cola alerta, ladrando y aullando con su mirada hacia arriba, mientras José Antonio aprieta los puños y se acerca con precaución. Decide tomar su rifle de caza que está colgado justo a un lado de la puerta. Prende todas las luces de afuera de la casa. Abre con cuidado. El viento se cuela por la rendija que apenas deja entrever la geometría amputada del exterior; Jano gruñe hacia la puerta mientras muestra los dientes. José Antonio está por salir cuando su tos, seguida de varios estornudos, rompe la tensión del ambiente. Los aullidos callan y todo vuelve a la quietud habitual. José Antonio se

repone, retoma su postura, sale de la casa impidiendo que Jano lo siga, apunta al cielo y dispara. Solo un par de aves salen volando de entre los árboles. El eco del disparo se pierde en la distancia. Observa con detenimiento la oscuridad de los alrededores, sin dar la espalda retrocede hasta al interior del inmueble. José Antonio saca el aire acumulado por la boca, relaja sus hombros y le dice a Jano que tienen que estar más atentos. «Parece que van perdiendo el miedo, cada vez se acercan más, Jano. Tenemos que hacerles frente. Solo esto nos pinches faltaba».

V

Desde 1985, año en el que comenzó a trabajar en el Departamento de Meteorología Agrícola en la Comisión Estatal del Agua, no dejaron de llegar instrumentos y aparatos que reemplazaron poco a poco sus conocimientos y saberes aplicados sobre el clima. A partir de la primera década del 2000, su trabajo consistió en analizar los datos totalmente procesados por los satélites meteorológicos y medir su impacto en la recolección del agua dulce en el

Valle de Puebla. También, desde entonces, no dejó de probarse día con día frente a las predicciones climáticas de los satélites; quería demostrarse que podía ser más preciso que los algoritmos, desde su sensibilidad e intuición adquiridas, que podía encontrar nubosidad ahí donde los radares marcaban un cielo despejado o viceversa. «Los satélites nos ayudan, pero siempre habrá un pequeño margen de error, hay que aceptarlo y vivir con él. Cuando los satélites se equivocan, es ahí donde entramos nosotros, que estamos a pie, para amortiguar las imprecisiones». La mayor parte de las veces, los aparatejos —como él les llamaba— terminaban por ser más precisos de lo que él hubiera querido, pero, aun así, desde su propia humanidad se resistía a la lógica implacable de lo exacto, pues pensaba que el punto medio de predicción estaba bien, que el día que el tiempo atmosférico fuera totalmente predecible o impredecible, ese día en verdad estaría en peligro la vida. Esta y otras razones lo llevaban siempre a discutir con sus jefes, argumentando que, si bien tenían instrumentos para medir y predecir las temperaturas y pronósticos, el tiempo y las condiciones climáticas se estaban volviendo más volátiles que

antes, que no podía predecir los milímetros de agua que se recolectarían con las lluvias. Les insistía en decirles que en verdad eso era imposible de saber y que, si acaso, podía sacar un promedio mediante alguna regresión lineal, pero que eso no bastaría para que él firmara como responsable de esa predicción mientras ellos vendían a los políticos, a los empresarios y a los periódicos, cifras optimistas y, por tanto, irresponsables.

La llegada a casa durante aquellas tardes de la primera década del 2000 consistió siempre en platicar y quejarse con Olga de los mismos temas. Fuera, a la hora de la comida, en el café de la tarde, donde se encontraban con viejos amigos de la universidad, platicaba con insistencia, exaltado a veces, y en silencio en otras, como si estuviera ajeno a las conversaciones a su alrededor. Él decía que el proyecto de expansión metropolitana de la ciudad de Puebla terminaría por trastornar la estabilidad climática y ambiental de la zona. Al cabo de los años, y en medio de discusiones cada vez más severas con sus superiores, fue removido de puesto y relegado a tareas de vigilancia y monitoreo estructural. Con el ritmo de una actividad menor en comparación

con los años anteriores, se resignó con cierto gusto a ese modo apacible de vida sin tanto protagonismo laboral, aprovechando así para tener rutinas agradables a las que él y Olga se aferraron: tardes de café y helado, viernes de cena con la familia de ella, sábados y domingos de recorrer los viveros de Atlixco, ir a la hacienda, sembrar nuevas plantas, probar recetas con lo cosechado, tener la intimidad que no tenían en la ciudad, todo hasta que el desvanecimiento repentino de Olga en su habitual caminata por el centro llegó a interrumpirlos. Meses después, José Antonio terminó por mudarse a la Hacienda San Ignacio. Roto y abrumado por la pérdida de Olga, con un retiro laboral sin pena ni gloria, todo aquel mundo rutinario le parecía parte de la misma derrota, del mismo disgusto. Se ocupó así de vender sus pertenencias, su casa del centro, de olvidarse de todo y de todos.

VI

El cielo no ha amanecido como ese lienzo despejado que deja entrever el reflejo del sol que se asoma

desde el Golfo de México y cuyos rayos parecen barnizar, en cierto punto de la mañana, las figuras del Popocatépetl y la Iztaccíhuatl, haciendo que la poca nieve que persiste en sus puntas durante abril se torne anaranjada. Desde la hacienda, días antes, José Antonio todavía podía contemplarlas. Ahora, el entorno ha adquirido una tonalidad mate grisácea, lo que, a su vez, provoca que los bordes verdes de los árboles resalten más de lo debido. El cielo lleva todo el día sin asomo del sol y, aunque San Ignacio parecía estar inmune a los efectos de la nube que los comunicados de radio han estado dando respecto a la ciudad de Puebla y otras tantas del país, José Antonio no solo ve la capa de arena extendida sobre los horizontes de alrededor, sino que también lo agobia una densidad en el aire que hasta entonces le resultaba desconocida. Tiene la garganta irritada, no deja de estornudar y le escurre una mucosidad transparente con rastros de la arena que milimétricamente cae desde la llegada de la nube. Con cierto desgano, prepara el desayuno de Jano y apenas una taza de té de manzanilla con miel para él. Mientras se enfila a su cama, le va contando a Jano lo que piensa, un tanto también a forma de diálogo consigo

mismo. «El tiempo, las condiciones de la atmósfera nunca se repiten, Jano. Es... es como si todo un río vibrante estuviera pasando encima de nosotros. Puede que en algunos días la temperatura sea la misma, pero no lo serán la humedad, la visibilidad, la presión, la velocidad del viento, ni ninguna otra cosa. Siempre ha existido un río vivo, pero invisible, encima de nosotros, que, como dijo el mentado Heráclito, nunca será el mismo, nunca. Pero ahora, si la calima se extiende por quién sabe cuántos días más, este río se puede secar y con él temo que todo cuanto hay de vida aquí».

José Antonio, con la mirada pensativa, emite un suspiro de lamento hacia Jano, mientras este lo observa atento en la entrada de la habitación. Al cabo de un breve lapso, José Antonio, más cansado de lo habitual, se duerme profundamente hasta las dos de la tarde.

Durante aquella pausa matutina, sueña. Sueña con sus papás, sueña que lo visitan. Lo primero que le causa extrañeza es ver a Jano recibirlos con familiaridad, sin recelo alguno, como si los conociera mucho antes que a él. Su padre deja el sombrero junto al rifle de caza y su madre ordena la mesa, pone

un mantel que ha sacado de la bufetera del comedor y coloca al centro un florero con agua, lleno de campanitas moradas, típicas de los volcanes del centro de México. Su padre, además de compartir su mismo bigote, viste el atuendo habitual: pantalón formal color caqui, cinturón y zapatos café, camisa blanca y una corbata de líneas diagonales que combinan con su ropa. Su madre, mujer esbelta, morena, de cabello quebradizo y de mediana estatura, lleva un vestido gris de cuadros y manga corta. Al tiempo que contempla aquella escena, la casa ha adquirido el limpio espíritu luminoso de esa luz que solo puede apreciarse con plenitud en el Valle de Puebla hacia el final del otoño. Atrás de los ventanales, los rayos del sol visibilizan aquellas partículas flotantes por encima de sus cuerpos y, en general, de los objetos de la casa. José Antonio observa también a Jano jugar afuera con otro perro, cuyo pelaje oscuro es igual al de Muffin, su compañero canino de la adolescencia. La escena le parece memorable y, con la calma de una cotidianidad que hace mucho se ha extinto para él, saca la cámara fotográfica del clóset del pasillo para tomarles una foto. Siente en esos instantes una paz que nunca ha experimentado, ni en la soledad de

sus años de retiro. Ve a su padre señalar la bodega a las afueras de la casa, justo a un lado de la vieja y olvidada garita meteorológica que construyó durante sus años estudiantiles. Le escucha mencionar la palabra «Huehuecóyotl», «Huehuecóyotl», con relativa insistencia. Luego, su madre los invita a sentarse a la mesa y, aunque José Antonio se sabe en el sueño mucho mayor que sus papás, pues fallecieron en un viaje a principios de la década del ochenta, los sigue sintiendo más adultos que él. No deja de disfrutarlos. Se percata de que la presencia de su madre añade vitalidad a la atmósfera de aquel casco viejo convertido en su hogar. También nota que, de fondo, se escucha «La gloria eres tú», interpretada por Germán Valdés «Tin Tan». Aquella quietud desordenada con la que había convivido desde su llegada a la hacienda se ha desvanecido. La casa tiene, en ese instante, el esplendor de hace más de treinta años. Sus papás le preguntan que cómo está, que cómo va todo. Él se queda atónito, contemplándoles en silencio y con la alegría de tenerlos de vuelta. Sabe que, después de tantos años, los ha olvidado por la necesidad de omitir su dolor más que por indiferencia o descuido. Escucha también cómo alguien toca a la puerta. Es

Olga. Por alguna razón, él sabe que es ella. Siente ese júbilo de poder presentárselas, júbilo que en vida no alcanzó a cristalizar, pues a Olga la conoció tres años después de la muerte de sus padres. Está por abrirle y contemplar su rostro, cuando los ladridos de Jano lo despiertan. Son los coyotes.

Al principio, puede jurar que los aullidos se escuchan dentro de la casa. Se levanta deprisa, y se asoma con celeridad a lo largo de las ventanas, pero no encuentra rastro alguno, mientras los aullidos se desvanecen toda vez que comprueba que la puerta está cerrada tal como la dejó. Confirma que el rifle de caza sigue ahí, a la mano, y que Jano continúa con él. En la sala, nota por la ventana la bodega que su papá señaló en sus sueños mientras le decía «Huehuecóyotl».

José Antonio observa su reloj, en ese momento son las dos de la tarde. Prende la radio para escuchar el boletín que hora con hora actualiza el estado de las cosas; en su interior, se despierta una urgencia de querer limpiar y ordenar la casa, devolverle un poco de ese esplendor perdido; ir al «pueblo» aledaño para encargar algunas tablas de madera, volver a Puebla para comprar lámparas de techo y de mesa, pintura

para herrería y concreto, renovar los sillones, reparar incluso el medio baño que desde hace un lustro está inservible; cambiar los azulejos de la cocina, quizá por unos de talavera que a Olga le habían gustado en el Parián. Luego, ir a los viveros en Atlixco, comprar flores y devolverle un poco de color a las jardineras descuidadas. Piensa en restaurar la garita meteorológica y también la bodega señalada por su papá. «Quizá es un mensaje de mis viejitos. Quieren que viva con más decoro mis últimos años, quizá es eso». José Antonio se queda pensativo. Mientras, con el ímpetu devuelto fermentando en sus entrañas, espera impaciente el boletín de las dos de la tarde.

Se les comunica que la toxicidad en el ambiente ha aumentado. El estado de excepción se ha extendido cuarenta y ocho horas más en todo el territorio nacional. Les suplicamos que bajo ninguna circunstancia salgan de sus hogares. Mantengan la calma. No olviden tener a la mano toallas o paños húmedos. El ejército y la guardia nacional se están encargando de tener listo el suministro de agua potable. No hay nada que temer. Con su cooperación, saldremos adelante. Sistema Nacional de Prevención de Desastres.

José Antonio suspira cansado. Le preocupa sentir y saber que no le ha bastado dormir para reparar su condición. Se asegura de que todo esté bien cerrado, incluidas las ventanas. Como puede, ubica paños húmedos en la rendija de la puerta principal por donde se cuela débilmente el aire. Al sentirse somnoliento y pensar que tardará todavía un rato en recuperarse, se preocupa por Jano. «Aquí tienes tu comida y tu agua, sé que hoy no pudimos salir a dar la vuelta, pero ve cómo está todo. Mañana que esto se calme, te voy a llevar a Puebla y ya es hora de que, de paso, te consiga una novia por allá. Yo ya viví, pero tú, ya son varios añitos en solitario, ja, ja». A la risa con la que José Antonio intenta ser optimista, le sigue una tos que termina por cansarlo y devolverlo pronto a la cama.

José Antonio siguió durmiendo desde las tres de la tarde hasta el día siguiente, más que por decisión propia, por el súbito desgano que volvió a invadirlo cuando intentó probar algo de alimento. De lo último que se acuerda es de Jano saliendo de su cuarto; a pesar de querer seguirlo, la densidad del ambiente lo adormeció.

VII

José Antonio despierta cerca del mediodía, está desubicado, no sabe ni la hora ni si han pasado uno o dos días. Al tiempo que siente apetito y letargo, saca del buró su reloj de mano para cerciorarse de la fecha y la hora. Apenas puede sobreponerse de la cama y gritar el nombre de Jano sin obtener respuesta. Hay en el entorno un silencio más profundo que el de días anteriores. Prende la radio para escuchar el boletín de las doce del día. Para su sorpresa, no hay ningún boletín, solo el ruido blanco que permea en todas las estaciones. Piensa que quizá el aparato está mal ubicado. Lo mueve de lugar junto a la ventana que está frente al comedor, pero el resultado es el mismo. En el acto, observa cómo la fina ceniza del día de ayer ahora recubre con su oscuro espesor la mayor parte de los árboles y la superficie externa. Vuelve a gritar —no sin cierta dificultad— el nombre de Jano. Al no escuchar nada, angustiado, deja de lado cualquier preocupación por sí mismo. Ve enseguida la puerta de su casa entreabierta, lo que lo alerta sobremanera. «¿Quién abrió?, ¿en qué momento?». Toma con cierta dificultad su rifle de caza. Siente

el rigor del frío en su espalda sudorosa, así que se pone una chaqueta antes de seguir caminando por los pasillos, gritando el nombre de Jano. El silencio es lo único que persiste.

Una vez que sale, merodea el sitio, buscándolo con precaución. «¿Y si está en el almacén de afuera?... Huehuecóyotl, ¿qué tiene que ver Huehuecóyotl con eso, papá?». José Antonio camina hacia aquel lugar; cada vez tose y estornuda con más frecuencia. Confirma el creciente silencio de los alrededores y siente cómo se recrudece un frío extraño en el entorno, que no es un frío fresco sino hostil. «Qué volátil todo, qué insopportable ha estado el clima».

Con la poca claridad con la que puede pensar, respirando con mucha dificultad, hurga entre sus llaves, intuyendo que la más oxidada corresponde a la de la bodega. José Antonio sigue gritando el nombre de Jano mientras camina por aquel patio irregular que está entre el casco y la bodega. Al llegar, contempla con atención las maderas de la entrada y observa en ella rastros de polillas. En cuestión de segundos, el marco de la puerta se desbarata y cae. José Antonio retrocede, aunque eso no le impide observar a primera vista los pequeños ventanales de la habitación

con sus cristales opacados por el tiempo; parecen una extensión del desorden siempre envuelto por las telarañas. Constata también lo alto del techo y sus maderas, cuyas vigas en ciertos puntos parecen entrelazarse sin sentido alguno. Antes de ingresar por completo y cerrar la puerta, prueba encender el foco del cuarto, que emite un crujido que corrobora su añejamiento. Iluminada la bodega, se revelan todos aquellos objetos guardados, cada uno con su propia sombra. Entre esa quietud redescubre el viejo termógrafo traído por su abuelo desde Inglaterra, el guante y el bate de beisbol de su padre, incluso algunos aparatos meteorológicos que fueron dados de baja en la Comisión cuando se renovaron los equipos. Los recuerda casi todos: el anemómetro, el barómetro, incluso el ceilómetro. Hace varios años que no pisaba aquel espacio, quizá porque ahí había concentrado sus últimos recuerdos materiales, o tal vez porque ahí abandonó lo último que quedaba de esa vida activa. De pronto, entre el cúmulo de artefactos polvorrientos, llaman su atención tres que se encuentran en los entrepaños laterales de su derecha: una vasija de cerámica cuya punta termina en forma de coyote y dos cuarteados recipientes de barro con

grabados antiguos. Todos parecen sacados de algún museo de arqueología. Debajo de ellos, observa una hoja de papel amarillento, en cuyo título se alcanza a leer «Huehuecóyotl». Del papel a medio colgar, bajan un conjunto de oraciones:

Aquí volvió una vez que se hizo viejo  
a este valle que lo cobijó de joven  
cuando huía del tirano Tezozómoc.  
A este valle volvió nuestro hermano agradecido  
a quien en su exilio cobijamos  
aquí volvió en sus días finales Huehuecóyotl  
a ofrendar su cuerpo  
para quitar el hambre a sus hermanos.

Una vez terminada su lectura, da un último vistazo al interior de la bodega y contempla una vieja placa de metal al fondo. Es la placa original de la hacienda. En ella se lee «San Ignacio, Huehuecóyotl». José Antonio hace una leve mueca que asemeja una sonrisa irónica. Enseguida, sale del lugar con cautela, respirando con cierto apuro. Con dificultad puede observar a Jano, entre lo grisáceo del entorno, parado y expectante, justo al comienzo del sendero que lo lleva

hacia el bosque en las faldas de la Iztaccíhuatl. José Antonio se alegra. Recobra cierta vitalidad, aunque el aire parece oprimir su cuerpo con la densidad de aquel polvillo uniforme. Se dirige a Jano tapándose la boca, mientras este le ladra con sentido de urgencia. A esas alturas, José Antonio se pregunta si no estará soñando o alucinando, pero la dificultad con la que respira, el dolor de garganta y los estornudos le alertan que aquello realmente está ocurriendo. «Jano, ¡regresemos a casa!... pensé lo peor, qué bueno que estás bien. ¡Jano!, no tengo fuerzas para seguirte, no me hagas esto. Olga, anda, desde donde estés, dile a Jano que venga conmigo. ¡Jano! ¡Jano, vuelve acá!. Justo cuando está por alcanzarlo, Jano se adentra en el sendero. Para entonces, toma su rifle de caza como apoyo, pues siente sus piernas debilitadas. Además, el letargo parece volver a invadir su cuerpo. Imposibilitado de ir más allá, se sienta junto al abeto frondoso y mudo que marca el comienzo del bosque, llamando a Jano con cierta dificultad. Siente la tregua de la comodidad que el suelo le da a su cuerpo cansado, no sin antes adolecer del frío que recorre su espalda. Con la vista borrosa, alcanza a ver cómo Jano sale de entre los arbustos.

Le acompañan más cánidos como él. Puede observar sus cuerpos marrones y pálidos, largos y delgados, hasta ver sus costillas. Uno de ellos apenas emite un aullido corto y seco. Mientras se acercan con cierta lentitud, José Antonio suelta el rifle de caza. Conserva los intentos por respirar, pero ya no posee más fuerza. Contempla por última vez el cielo que ya no luce como ese río vibrante que tantas veces analizó. La vida como la conoce está llegando a su fin. Sabe que probablemente nada vivo perdurará en los alrededores, ni insectos, ni plantas, ni aves, ni ratas de campo. El cerco de aquella manada de coyotes languidecientes es la única vitalidad que lo rodea. Asume con resignación que pronto se reunirá con Olga, que no será Jano quien lo guíe por algún inframundo y que el único sustrato prevaleciente de su existencia, después del fin, serán esos aullidos que escucha, y quizá alguna leyenda contada en varias lenguas sucesivas, la leyenda de Huehuecóyotl, aquel que volvió como cada final de ciclo, a ofrendarse para quitar el hambre a sus hermanos.

*Profecía autocumplida* se terminó de imprimir en los talleres de Océano azul creativo S.A. de C.V., en la ciudad de Puebla, Pue.

El tiraje consta de 500 ejemplares  
La composición tipográfica se realizó en Alegreya.

Noviembre 2025